

showing in their stead a citizenry in the postwar that must deal with a legacy of violence.

In chapter two, Aparicio turns to works written in the post-conflict in El Salvador and in Nicaragua that evoke memories of the homeland and a longing for it. The voices in some of these texts look for ways of remaining connected to the homeland by crafting spaces and keepsakes that can link the present with the past, retaining a sense of hope. In the following chapter, hope is replaced with disgust: in place of nostalgia, we find an unmasked vision of the homeland that reveals dejection, misery, a plethora of social ills, and a general sense of disillusionment. However, it is important to note that for these authors, the homeland remains home. The final two chapters examine home and belonging from a perspective that utilizes detachment; she argues that some of the literature of recent years, specifically works written in Costa Rica, El Salvador, and Nicaragua, shows a distancing achieved through a sort of tourist gaze in order to arrive at another more desirable home that is not necessarily concrete but imagined. The last chapter raises some important questions regarding the region's entry into globalization and the desires and hopes of those who reside in the homeland but long for something else. Aparicio concludes her study by returning to film, Alex Cox's *Walker* (1987), which offers a stark view of Central American politics, in particular as it relates to US interventionism.

Overall, this study fills an important vacuum in the study of Central American literature in the region's post-conflict neoliberal era. Though Aparicio's scope permits a careful and thoughtful study, the concept of home and homeland proves useful, but at times feels far too broad to tackle the complexity and heterogeneity of the region's histories. Nevertheless, *Post-Conflict Central American Literature: Searching for Home and Longing to Belong* is a relevant book-length study that fills a gap, provides a fresh and much needed approach, and addresses the very pertinent questions of home and belonging in the current globalized era in the region.

RITA M. PALACIOS
Concordia University

MARTÍN GASPÁR. *La condición traductora: sobre los nuevos protagonistas de la literatura latinoamericana*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2014. 255 pp.

En el marco de un ambicioso estudio de la traducción en América Latina a partir del siglo XIX, *La condición traductora* propone un cuidadoso análisis

de cinco novelas recientes con personajes traductores: *El pasado*, de Alan Pauls; *Berkeley em Belagio* y *Lorde* de Joao Gilberto Nolls, *Budapeste* de Chico Buarque, y *Shiki Nagaoka: una nariz de ficción* de Mario Bellatín. Martín Gaspar postula como marca de este inicio de siglo XXI un más allá de las dimensiones políticas y culturales de la traducción, para concebirla como temperamento. El traductor deviene así personaje, adicto, obsesivo, y se enfrenta en su acto a una transformación frente a una alteridad que se muestra omnipresente.

El estudio de Gaspar parte de una genealogía de la traducción en América Latina que ocupa el capítulo uno. Concibiendo a la cultura latinoamericana como “sin infancia” (15), Gaspar plantea la conquista como “el ingreso de Babel” (35) que condena al discurso anticolonialista a intentar recuperar “lo irremediamente perdido bajo el peso de la historia” (35). El inicio de su recorrido diacrónico se establece entonces en el período postindependencia, momento en que reconoce se cristaliza que “lo extranjero en nuestro caso es doble”: por un lado, “la Europa civilizada”; por otro, “la cultura autóctona” (42). Gaspar traza su recorrido a partir de una serie de figuras: el traductor estadista, de construida autoridad cosmopolita (Domingo Faustino Sarmiento y José de Alencar) para quien la otra lengua es “una manera de hacerse un lenguaje propio” (51); el traductor aclimatador (Juan María Gutiérrez, Andrés Bello, Rubén Darío), que busca traducir negociando entre las formas extranjeras y las materias locales (58); el excéntrico (Jorge Luis Borges, Haroldo de Campos) que, ubicado en el momento de las vanguardias, es el que “mejora los originales y los debate críticamente” (63); el creador de sentidos (Julio Cortázar) que revela a partir del equívoco (70); y, por último, en los años sesenta, los traductores “sufridos y rebeldes” (76), voceros que permiten referir la contracara de la historia (72). Gaspar ve a través de esta genealogía un recorrido que va de lo mítico a lo irónico. Hasta el boom, sostiene, la traducción ocupa un lugar importante en la identificación identitaria de Latinoamérica (76), y el traductor tiene características alegóricas. En los años noventa, Gaspar revela una caída que articula una relación inversamente proporcional entre protagonismos y jerarquías (77). En su punto más alto, dice Gaspar, el traductor es un personaje secundario (77) y, en su rol de personaje central, deja de ser funcional para una definición de cultura y se desarrolla, “sufre tensiones y contrariedades” (78) y permite identificar una nueva actitud hacia la política contemporánea (79). Esta es la materia específica de su estudio.

El capítulo dos se encuentra dedicado a *El pasado* de Alan Pauls que Gaspar considera “la más representativa” (199) de las novelas de su corpus. Un traductor adicto y un narrador obsesivo son los personajes que instalándose en la deuda que implican tareas inabarcables, construyen

para Gaspar una novela que elude la Historia y suspende toda decisión sobre las dicotomías locales. En su lectura, la narración borra el plano cultural y político y se concentra en lo personal, alejándose así de la dimensión alegórica. En esta novela, la traducción ofrece una posibilidad de escapar a las imposiciones de la historia y la nostalgia, sin adoptar una actitud amnésica y reaccionaria (86). La traducción es aquí un vehículo de aislamiento del mundo y la historia local, una herramienta para la introspección.

El capítulo tres se encuentra dedicado a *Shiki Nagaoka: una nariz de ficción* de Mario Bellatín. Esta novela le permite a Gaspar marcar el límite del desplazamiento de la política a lo político que verifica en las novelas de traductor en este principio de siglo. En este caso, la traducción aparece como procedimiento creativo que “permite extraerse de lo local y llegar por vía negativa a universalizar la obra” (120). Gaspar lee nuevamente en esto una actitud de desacoplamiento temporario de la política latinoamericana. Al igual que el personaje de *El pasado*, la traducción permite suspender la decisión y apartarse de la política al personaje de Bellatín, Pero yendo más allá, en *Shiki Nagaoka*, Gaspar considera que la traducción se convierte en una operación estéril y pasiva. Mientras que en la novela de Pauls, la traducción es una manera de evitar la decisión, postergándola; la novela de Bellatín termina por romper con el paradigma político reinante que rodea el fenómeno literario, promoviendo la cancelación de la lectura crítica, socavando la reflexión, e intimando a la muerte del crítico (152).

En cuanto a las novelas de Noll y Buarque, a las que se reserva el capítulo cuatro, estas constituyen una desviación ya que no se trata de personajes traductores sino escritores que deben enfrentarse “a lenguas desconocidas,” en “situaciones que repercuten en ... su identidad” (158). Gaspar reconoce a estos personajes como representantes de los escritores latinoamericanos hoy, que van al exilio convocados y obligados a la prueba de traducirse, al temor de perder el lenguaje propio y la identidad y que, a medida que experimentan esta nueva incomodidad, atraviesan situaciones que los acercan a la figura del refugiado (160). Gaspar considera que estas novelas “ofrecen una nueva escala de lo nacional, una forma de lo postnacional que ... no ‘supera’ la nación” (162), sino que articula una nueva escala identitaria donde “la traducción se vuelve pulsión de ser otro en otra lengua” (162). Estas dos son novelas que Gaspar considera de deriva, específicamente de migrancia, y que exponen a su personaje a una serie de dislocaciones que lo obligan a proponerse hipótesis, darse nombres, alterarse (173), dar el salto de la persona a la no persona (177). Estas ficciones salen de la nación y del lenguaje según Gaspar (190).

El último capítulo, el quinto, ofrece un panorama general de la novela de traductor contemporánea. Ubicándola en su contexto histórico, Gaspar observa en él que en los años 90 un sector de la ficción latinoamericana escribió enfocado en el presente, opuesto a la memorialización insistente que había caracterizado a los años ochenta. En ese contexto, señala, surgen las novelas con protagonistas traductores que no demuestran interés por la historia nacional y sus alegorías ni por la perspectiva histórica. Se ocupan de un sujeto individual protagonista, en gran medida aislado del entorno social, un sujeto que se ve impactado sin mediaciones por el contacto con el mundo que irrumpe (202). Tendientes al retraimiento, los personajes internalizan los mecanismos de traducción que se hacen temperamento melancólico (203).

Más allá de esta cuidadosa lectura de Gaspar que revela la importancia de un corpus tan contemporáneo como central a nuestra experiencia de principios de siglo, *La condición traductora* nos regala un excelente apéndice, más sociológico, como lo denomina Gaspar mismo, dedicado al “traductor desconocido” (221), el que nos diera la maravillosa colección Robin Hood.

La publicación de *La condición traductora* debe ser ampliamente celebrada en el campo de estudios latinoamericanos pero fundamentalmente en el campo de los estudios de traducción para los cuales constituye una pieza fundamental en la necesaria relectura de la tradición traductora en América Latina.

FERNANDA MACCHI
McGill University

ANTONIO GÓMEZ. *Escribir el espacio ausente. Exilio y cultura nacional en Díaz, Wajzman y Bolaño*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2013. 185 pp.

Antonio Gómez offers a comparative examination of displacement and exile, navigating the difficulties of reconciling the individual exilic experience with “exile” as a collective process. The author views exile as a type of “cultural training” (15), which has allowed for a specific way to question and reformulate national and regional identity. In contrast with other cultural studies that emphasize the traumatic effects of exile on the national body, this study looks at how the narrative of political exile has been replaced beginning in the 1990s by a broader discourse around “diaspora” as a defining element of Latin American cultural identity. According to Gómez, exile has become a privileged perspective, precisely because it does not have a stable location from which to enunciate. The